

GRATITUD

EN EL CONTEXTO DEL JUBILEO PASIONISTA

De acuerdo con la Real Academia de la Lengua, la gratitud «es un sentimiento que nos lleva a estimar el beneficio que se nos ha hecho y nos impulsa a corresponder de alguna manera».

¡Qué importante es saber agradecer por los bienes que vamos recibiendo! Humanamente, la gratitud es manifestación de una buena educación. Desde niños, nuestros padres nos han impulsado a agradecer los bienes recibidos. En muchas familias cristianas, cada noche los padres, de rodillas junto a sus hijos, les animan a dar gracias a Dios por la vida, la salud, la familia y todos bienes que cotidianamente se reciben; del mismo, modo, cuando una persona tiene un favor hacia el niño, sus padres le inculcan la necesidad de agradecer.

No obstante, esta enseñanza puede quedar meramente en el ámbito formal y repetirse casi de forma mecánica. Es indispensable que la persona, durante su proceso de humanización, haga trascender la simple palabra de agradecimiento volviéndola una actitud; es decir, hacer que brote desde lo profundo del corazón. Sólo de esta manera, será posible que el ser humano viva reconociendo los bienes recibidos -incluso en medio de los males de su historia- y se esmere en corresponder.

Santo Tomás de Aquino, señalaba tres elementos necesarios en la gratitud: reconocimiento, valoración y retribución. En un primer momento, la persona favorecida debe reconocer el beneficio que se recibe; posteriormente, se ha de valorar al bienhechor; y, finalmente, se debe expresar la gratitud mediante la recompensa (cfr. S.Th. II-IIae, q.106). El movimiento contrario será la ingratitud. Santo Tomás señala que esta se expresa en tres omisiones, sea de manera independiente o en forma simultánea: no reconocer el beneficio recibido, callar la bondad del bienhechor y olvidar su retribución (cfr. S.Th. II-IIae, q.107)

La gratitud es la actitud que brota como respuesta a un don recibido, no tanto como respuesta a un merecimiento personal o a un cumplimiento protocolario, sino como expresión de la generosidad aquellos que nos benefician. Podemos pensar que algo se nos ofrece en compensación por servicios prestados o porque responde a un derecho que podemos exigir o porque lo merecemos en virtud de nuestro esfuerzo. En estos casos, la gratitud no brota del corazón; simplemente decimos «¡Gracias!» por cortesía... Y la vida continúa. La gratitud auténtica parece responder a una dinámica de gratuidad que comienza en el donante y ante el cual, se ha de reconocer, valorar y corresponder. De este modo, la gratitud responde a una dinámica de auto trascendencia por la que el beneficiado se siente interpelado a «salir de sí» para responder a la generosidad del benefactor en la misma medida con que éste le ha beneficiado. Tanto en el caso del benefactor como del beneficiario está presente esta actitud de auto trascendencia: en el caso del primero, en el hecho mismo de la donación; en el caso del segundo, en la gratitud que experimenta. Se trata de una dinámica que, como podemos observar, lleva al encuentro entre personas; encuentro mediado por el afecto: el benefactor hace saber que la persona es valiosa y el beneficiado responde con gratitud haciendo saber que el benefactor también es valioso. Desde estas ideas, me atrevo a señalar que la gratitud conduce hacia la felicidad pues mutuamente nos reconocemos importantes y dignos de estima en virtud de los dones recibidos.

Hemos de tener en cuenta que la gratitud tiene un requisito indispensable: la humildad. Sin ésta no es posible el reconocimiento de la generosidad del donante, el valor del don y el hecho de ser beneficiado. Una persona arrogante, soberbia, ensimismada y autorreferencial, difícilmente podrá reconocer que todo cuanto ha recibido es un don que brota de la gratuidad del donante. Pensará, ciertamente, que todo cuánto se tiene o se es, procede de la dedicación y méritos personales. Y vivirá conquistando nuevas metas sólo por sí y únicamente para sí.

Vivir de manera agradecida tiene consecuencias importantes que no sólo se limitan al benefactor y al beneficiado: la gratitud abre compuertas, derriba muros, trasciende fronteras, hace que se ame sin medida ni distinciones. La persona, al sentirse amada y valorada, tiene más facilidad de amar indiscriminadamente, derrochando amor sin

distinciones. Considero que aquí podríamos encontrar la mejor recompensa hacia el donante: no se le premia con un beneficio semejante sino con una actitud que lleva a vivir la vida en plenitud.

En este sentido, quisiera traer a la mente el relato de la curación de los diez leprosos (cfr. Lc. 17, 11-19). Diez hombres, afectados por la enfermedad, claman al Jesús de Nazaret pidiendo su curación. La indicación es sencilla: «Caminen a Jerusalén para presentarse ante los sacerdotes». En narrador señala que durante el camino quedaron limpios de su mal; y al verse libres de tan penosos padecimientos, inundados de felicidad, posiblemente corrieron a sus casas para encontrarse con sus seres queridos, dejando atrás la dura etapa de su malestar. Pero uno de ellos, oriundo de Samaría, volvió a donde Jesús alabando y dando gracias a Dios por el bien recibido. Este hombre reconoció el bien recibido y corrió ante su benefactor para manifestar su agradecimiento. Si me lo permiten, quisiera vincular esta narración con el relato del buen samaritano que, aun cuando se encuentra en capítulos anteriores (cfr. Lc 10, 15-37), podría ser de utilidad para nuestra oración de este día. Un hombre que iba de Jerusalén a Jericó fue asaltado por unos bandidos y arrojado a la orilla del camino; pasaron por ahí un sacerdote y un levita mostrándose totalmente indiferentes; en cambio, un samaritano, movido por la compasión, se acercó a él haciéndose responsable de su destino. Me encanta pensar, aunque insisto que son meras especulaciones, que este samaritano podría ser el mismo que fue curado por Jesús y en adelante no vivió para sí mismo, sino que, en actitud de agradecimiento, amó indiscriminadamente, derrochando amor sin distinciones. Si esta especulación fuera posible, recordemos la conclusión del relato: «Anda y haz tú lo mismo»; es decir, «ve y vive en continúa acción de gracias».

Nosotros los Pasionistas

En el marco de los trescientos años de la experiencia de Castellazzo que, marca el inicio de nuestra familia religiosa, la Gratitud aparece como una virtud que hemos de asumir en nuestras vidas. Ya el Santo Juan Pablo II, al inicio del tercer milenio, nos invitaba a «Remar mar adentro», recordando con gratitud el pasado, viviendo con pasión el presente y abriéndonos con confianza al futuro (Novo Millenio Ineunte, 1). También el Papa Francisco, en el año 2015, dedicado a la vida consagrada, nos invitaba a «mirar el pasado con gratitud» (Carta apostólica a todos los consagrados, 1), pues una memoria agradecida nos impulsaría a vivir el presente con pasión y, en consecuencia, a abrazar el futuro con esperanza (cfr. ibid, 2-3). Será conveniente entonces que en el marco de nuestra celebración Jubilar, miremos con atención nuestra historia para mantener viva nuestra común identidad y fortalecer la unidad de nuestra familia religiosa. Como señaló Francisco en el documento que hemos mencionado, mirar con gratitud nuestra historia nos llevará a recorrer el camino de las generaciones pasadas para redescubrir en él la chispa inspiradora, los ideales, los planes y los valores que los han impulsado. También será una forma de tomar conciencia del modo en que se ha vivido el carisma en estos trescientos años y la creatividad con que se han enfrentado los nuevos desafíos. Si en esta mirada retrospectiva encontramos dificultades que aún no han sido superadas, con humildad reconozcamos que aun en nuestras limitaciones, Dios continúa mostrando su amor y misericordia hacia nosotros.

Les invito a que en estos momentos, demos una mirada agradecida a nuestra historia:

- Demos gracias a Dios por la vida de San Pablo de la Cruz que, en los inicios del siglo de las luces cuando se pretendía definir la historia y la realidad del ser humano desde la sola razón callando la revelación divina, escuchó la llamada de Dios para hacer memoria del Amor manifestado en la Pasión de Cristo. Demos gracias a nuestro fundador por haberse mostrado disponible para estar «crucificado con Cristo», por enseñarnos a mirar en la frente de los pobres el nombre santísimo de Jesús e impulsarnos a vivir con fidelidad, cumpliendo la voluntad de Dios aun en medio de las dificultades.
- Demos gracias a Dios por aquellos hermanos que viviendo el carisma de la Pasión nos han enseñado el camino hacia la santidad: por la solidaridad con los necesitados mostrada por San Carlos Houben, el entusiasmo de san Gabriel de la Dolorosa, el celo pastoral de San Vicente María Strambi, la paciencia de san Inocencio Canoura, la devoción a la infancia de Jesús del Beato Lorenzo Salvi, la valentía de los mártires de Daimiel, la preocupación por la unidad de la Iglesia del Beato Domingo de la Madre de Dios, la dedicación a

las labores cotidianas del Beato Isidoro de Loor, la oblación del Beato Pío Campidelli, la fidelidad a la Iglesia del Beato Eugenio Bossilkov, la inocencia del Beato Grimoaldo, la audacia del Beato Bernardo Silvestrelli, la contemplación de Santa Gema y la fidelidad de santa María Goretti. A ellos, les damos gracias por su continua intercesión para llevar adelante la misión que se nos ha confiado.

- Demos gracias a Dios por la vida de tantos Misioneros Pasionistas que, interpelados por los males de la historia, han anunciado y anuncian que la Pasión de Cristo es la obra más admirable del Amor divino. A estos hermanos nuestros que han desgastado su vida en la predicación del misterio de la Cruz, en la dirección de las almas, en el sacramento de la reconciliación, en las misiones, en las instituciones educativas, en el acompañamiento de los laicos, en las periferias sociales y en tantos apostolados, les damos las gracias por impulsarnos con su testimonio a ser auténticos profetas de esperanza.
- Demos gracias a Dios por la vocación de la Madre María Crucificada Constantini que, con San Pablo de la Cruz, dio inicio a las religiosas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. A ellas, a nuestras hermanas contemplativas, les damos las gracias pues con su oración y labor cotidiana desde el silencio del claustro, interceden por la santificación de la Iglesia.
- Demos gracias a Dios por la vida y la vocación de la Madre Dolores Medina y del Padre Diego Alberici, fundadores de las Hijas de la Pasión de Jesucristo y María Dolorosa. A ellos, les damos las gracias por haber mirado la sufriente realidad mexicana desde la óptica de Cristo. Les invito a que demos gracias también a las Hijas de la Pasión de Jesucristo por continuar con la obra de sus fundadores formando a los niños con una educación de calidad inspirada en los valores del Evangelio, sirviendo calladamente en los centros de formación sacerdotal, colaborando apasionadamente en la misión evangelizadora de la Iglesia y acompañando a tantos seres humanos que viven en la marginación a consecuencia de las crisis sociales y económicas.
- Demos gracias a Dios por los laicos de la familia Pasionista que, desde las realidades temporales, edifican el Reino de Cristo viviendo el carisma pasionista. A ellos, les damos las gracias por su testimonio de vida, la dedicación a sus labores, la vivencia de su compromiso bautismal y el compromiso que tienen por mostrar que la Pasión de Cristo es el remedio a todos los males de nuestro tiempo.

Finalmente, les invito a que demos gracias a Dios por trescientos años de historia. Y con esta mirada agradecida por todo lo que su Divina Bondad nos ha concedido, por el testimonio de tantos hermanos y hermanas, y nuestra misma vocación, vivamos apasionadamente nuestro presente, como profetas de esperanza y buenos samaritanos, en medio de nuestra sociedad.

P. Eloy Medina Torres, C.P.
Ciudad de México
16 de octubre, año de la pandemia